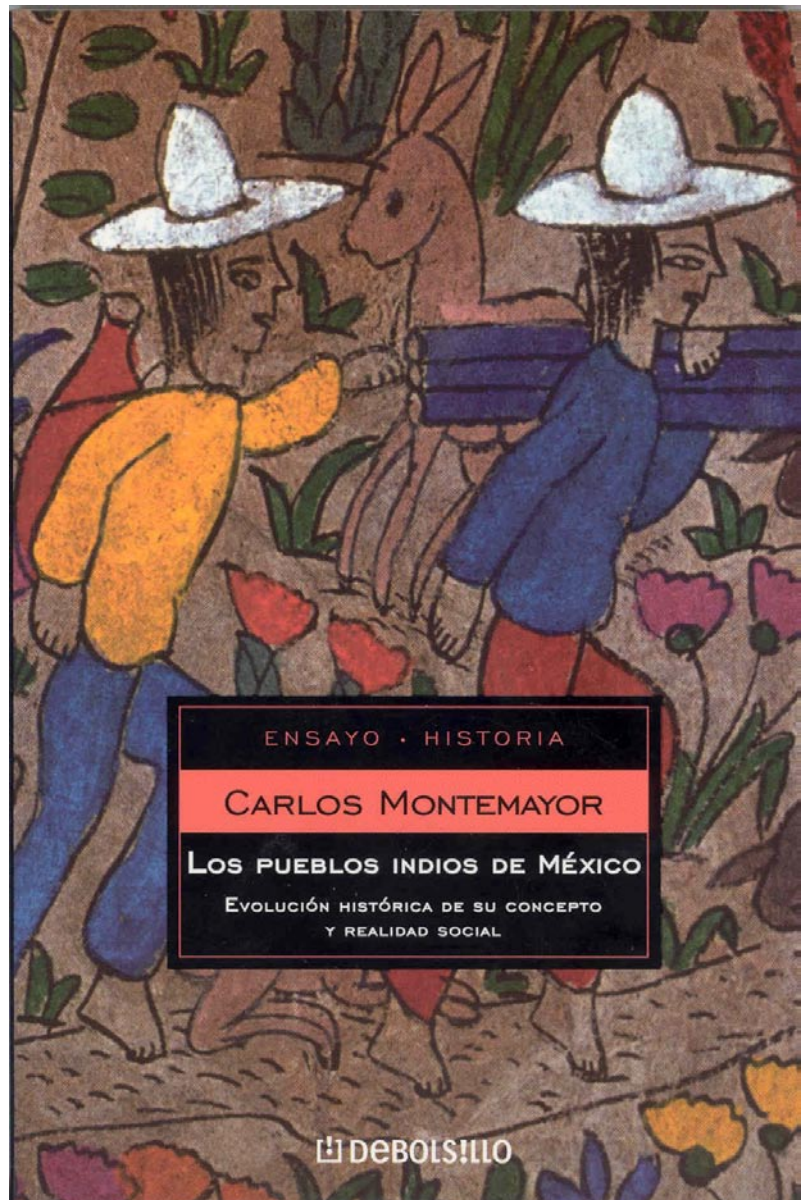


Los pueblos indios de México¹ y México profundo²: dos variaciones en torno a una negación histórica

Silvano Iván Higuera Rojas*

La naturaleza pluriétnica y multicultural de México es un aspecto que pocas veces se tiene en mente cuando se piensa en la identidad nacional; con frecuencia, se adopta la idea de *nación* impuesta desde el discurso dominante, el cual formula la idea de una sola identidad. La historia nacional contiene numerosas imprecisiones que encubren una realidad compleja y contradictoria en la que no faltan negaciones y exclusiones sistemáticas. En pleno siglo XXI, esta colectividad llamada *México* continúa esforzándose por suprimir una parte de su ser: lo rural, lo indígena, lo “bárbaro”.

Las reflexiones vertidas a continuación remiten a dos obras que, con enfoques distintos y matices significativos, estudian en profundidad el devenir de los pueblos indígenas del país y su relación conflictiva, todavía no resuelta, con el aparato del poder: *México profundo* (1987) de Guillermo Bonfil Batalla, y *Los pueblos indios de México* (2000) de Carlos Montemayor. El primero ahonda en la tradición histórica mexicana; aduce que con la Conquista y su correlato, la Colonia, se pretendió imponer el modelo de civilización occidental en detrimento de otro modelo, autóctono, connatural a la tradición indígena, al que llama “civilización mesoamericana”. De esa impostura emerge la realidad escindida del país: el México “profundo”. El segundo emprende una revisión histórica de la concepción de los pueblos indios; desentraña la trama de dominación y resistencia que empieza en la Conquista y que continúa ininterrumpidamente en la Colonia, el México independiente, el proyecto liberal decimonónico, la Revolución Mexicana, la tecnocracia neoliberal a finales del siglo XX y desemboca en los albores del XXI. Nada menos que un recorrido de 500 años.



* Estudiante de la Licenciatura en Literaturas Hispánicas de la Universidad de Sonora. silvanohiguera@hotmail.com

Para nadie es una sorpresa que la historia del país comienza mucho antes de la llegada de los españoles y de la conquista subsecuente de México-Tenochtitlan, en 1521; esto, si acaso, representa apenas un fragmento del vasto relato de la historia nacional. Desde tiempos ancestrales, México era el territorio de una multitud de pueblos con culturas distintas, que habían alcanzado un nivel de desarrollo notable en diversos ámbitos (las matemáticas, la astronomía, la agricultura, la escritura y las artes), y que compartían un horizonte de civilización común. Sin embargo, al día de hoy, la cultura de la población original, legítima propietaria de estas tierras, frecuentemente es desconocida, cuando no negada.

La cultura europea que irrumpió en el espacio tradicional indígena enarbola una empresa colonizadora, es decir, violenta, que suscitó el enfrentamiento inevitable entre dos formas de entender el mundo. De esa contraposición parte *México profundo*. Bonfil Batalla propone interpretar los conflictos recurrentes del país como el resultado de la superposición de un modelo civilizatorio, impuesto, sobre la base auténtica de la cultura mexicana. En el mismo espacio, señala, hay dos países: el México “imaginario” y el México “profundo”. Este último es la continuación de la riquísima tradición cultural, negada pero no aniquilada, que la cultura de los pueblos indios ha legado al devenir de la nación; aquél, el México imaginario, es el resultado de la imposición del modelo occidental, que desconoce por entero la cosmovisión indígena.

Bonfil argumenta que los rasgos de la civilización mesoamericana no se encuentran únicamente en los pueblos indios, sino en el conjunto de comunidades y sectores sociales que componen la mayoría de la población. Entre ellos se hallan amplios sectores urbanos y campesinos que, debido a las políticas integracionistas, no se reconocen en tanto indígenas, pero poseen formas de entender el mundo y organizar la vida que provienen de la herencia mesoamericana.

En esa directriz, los problemas endémicos del país responden a la contradicción del entramado nacional. El México profundo contiene no solamente el pa-

sado del país, sino *nuestro* pasado. No es un pasado muerto, sino un presente constante, reconocible, propio. Al negarse, produce una dispersión ontológica que relativiza las normas sociales. Esta confusión y/o degradación de las normas sociales se conoce como “anomia”.

Para entender este fenómeno es menester retrotraerse a sus orígenes. América no fue ni necesitaba ser descubierta; innumerables miradas, generación tras generación, la habían visto y se habían engastado en su tierra. En *Los pueblos indios de México*, Carlos Montemayor puntualiza que lo que se conoce como “descubrimiento” de América es, en realidad, la reformulación de la idea del mundo. Ante el reconocimiento de América, los fundamentos científicos, religiosos, políticos y sociales de Europa urgieron ser replanteados: se hizo necesario reinventar la humanidad. A eso se refiere Edmundo O’Gorman cuando dice que más que un descubrimiento, lo que sucedió fue la “invención” de América y sus habitantes.

Pensar que Europa descubrió el continente americano conlleva pautas de dominación y control cultural. El descubridor se ubica en una posición de superioridad, pues se arroga la facultad de nombrar y clasificar lo descubierto —un claro acto de apropiación— según el tamiz de su experiencia. El nombre con que los conquistadores designaron a los pobladores autóctonos de México, revela una estrategia de uniformación opresiva y exclusión sistemática que niega la diversidad étnica. En “el indio” se corporiza el sujeto colonizado que sufre los embates del poder dominante. El principio de superioridad racial que marcó la historia del país hasta entrado el siglo XX es consecuencia de ese acto nominativo. Pueblos con nombres propios —antes, por cierto, del siglo XV— y rasgos culturales diferenciados, fueron ocultados detrás de un concepto tan vago como reduccionista; las particularidades de cada grupo étnico, ignoradas.

Montemayor recuerda que, no obstante la confusión de Colón —en lugar de un nuevo continente creyó vislumbrar la India Oriental—, ni aquí ni en el resto de América existen verdaderamente indios. Hay, eso sí, purépechas, seris, nahuas,

rarámuris, tzotziles, mayas, ódames, yaquis, por nombrar a algunos. La riqueza pluriétnica del país no puede resumirse en una palabra.

La Conquista se justificó como una gesta civilizadora que pretendía “redimir” al indio de sí mismo. Mediante la imposición de una religión (el cristianismo) y de una lengua (el castellano), la corona española instituyó efectivamente el sometimiento, la opresión, el despojo y la explotación de los pueblos indígenas. Además, con el salvoconducto de cohesionar el territorio, a través del gobierno colonial asentó un orden dispuesto para el saqueo, no para forjar una patria. Hay quien ha señalado que de la Colonia se desprende la corrupción endémica de la clase gobernante mexicana.

La expoliación de los pueblos indios no fue monopolio de la acción colonial. Después de la Independencia, los instrumentos de control cultural cambiaron de forma, no de fondo. Tanto Bonfil como Montemayor subrayan que el indio no formó parte del proyecto de nación en cuanto elemento constitutivo; no lo hizo durante la Colonia ni durante el México independiente, ni en el marco del proyecto liberal decimonónico. Tampoco durante la Revolución, aun cuando permeó la retórica oficial y su presencia se volvió ubicua en los grandes murales auspiciados por el gobierno. Se reconoció su pasado como origen de la nación que se planeaba construir, pero no como parte esencial del futuro. Más que una reivindicación, era una apropiación ideológica.

Siempre, en distintos momentos, desde el grupo dominante se ha pretendido hacer del indio algo que no es, de “desindianizarlo”. En el siglo XIX, los postulados liberales declararon inexistente al indio como concepto legal. Lo que en la superficie parecía romper con la discriminación colonial, en el fondo legalizaba la desaparición de las comunidades indígenas para remplazarlas con la pequeña propiedad agrícola. Si no existían como unidad social diferenciada, tampoco sus tierras. Montemayor destaca que en un siglo el liberalismo mexicano destruyó más comunidades indígenas que la Colonia en 300 años. Asimismo, las políticas de indios de la Colonia y el indigenismo posrevolucionario, haz y envés de la

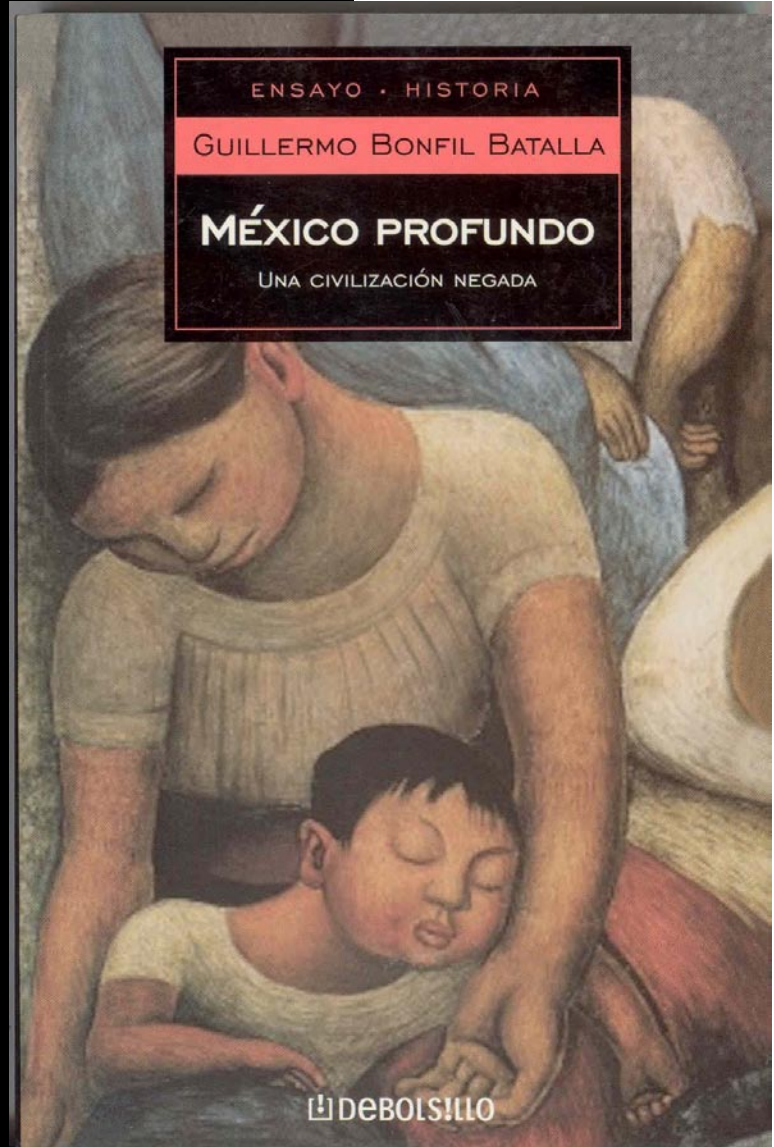
misma moneda, encubrieron instrumentos de discriminación racial. El proyecto indigenista emanado de la Revolución propuso el mestizaje cultural con el fin de fortalecer la unidad nacional; esto significaba, igual que antes, la integración del indio a la civilización según las pautas de la cultura universal (occidental). El indio aún representaba un lastre para el desarrollo nacional.

Una de las principales divergencias de la visión europea y la visión indígena concierne a la propiedad, uso y mantenimiento de la tierra. En la cosmovisión indígena, la tierra es sagrada; su propiedad, comunal. No se hereda por vínculos familiares, sino con base en una red de lealtades establecidas en la convivencia social al interior de la comunidad. De igual manera, su conservación está sujeta a la productividad: efectivamente, la tierra es de quien la trabaja. Por último, la producción agrícola responde a la necesidad de autosuficiencia, no a la explotación. Sólo se produce lo que se necesita; los márgenes de excedencia son mínimos.

En buena medida, además de la lucha antiquísima por defender su autonomía cultural, las sublevaciones indígenas entrañan un trasfondo agrario. Desde la óptica occidental, la tierra en manos de los indios constituye un capital desperdiciado. Esto ayudará a explicar los continuos intentos de despojar a los pueblos indios de sus tierras. Frente a esta realidad opresiva, los pueblos indios se han volcado desde hace 500 años a la resistencia.

La más evidente de las desavenencias argumentativas entre Montemayor y Bonfil reside en la concepción de los pueblos indios en el presente. Nótese la brecha temporal que divide a los dos textos; no es exagerado decir que entre 1987 y el año 2000 ocurrieron cambios sustanciales en México y el mundo. Bonfil sugiere que el modelo civilizatorio occidental ha agotado sus potencialidades. Anuncia, pues, la clausura del México imaginario; le corresponde su turno al México profundo, que comprende la mayor parte de la población mexicana. Es momento, invita, de construir una nación plural que reconozca la presencia viva de la civilización mesoamericana, que logre ver a Occidente desde México, y no al revés, para subvertir el pensamiento colonizado; así, la nación será lo que realmente es y lo que puede ser.

Por otra parte, Montemayor hace hincapié en la resistencia. A diferencia de Bonfil, advierte que las señales de cambio provienen de los movimientos indígenas, cada vez más organizados a lo largo del continente; sin embargo, apunta, no se entreven transformaciones efectivas en las sociedades nacionales mayoritarias (que no son las comunidades indígenas). Habrá que esperar, concluye, a que sean los pueblos indios y nadie más quienes muestren “cuál es el rostro profundo que nos resistimos a ver de nosotros mismos”.



- 1 Montemayor, Carlos, *Los pueblos indios de México. Evolución histórica de su concepto y realidad social*, México, Random House Mondadori, 2008.
- 2 Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, Random House Mondadori, 2006.